

LA DIMENSIÓN SOBRENATURAL DEL ARTE: VERDAD, BIEN Y BELLEZA (*)

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ
ACADÉMICO NUMERARIO

1.- El valor inconmensurable de la belleza

En la Sagrada Escritura se afianza, como una verdad inexorable, la belleza singular, única y omniplenaria de Dios. Dios es la plenitud de la belleza, la luz que resplandece eternamente sin sombra alguna, según glosa con mesura y ardor al mismo tiempo San Juan Evangelista: *Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna*⁽¹⁾. Esta misma revelación es la que, desde lo más profundo de su espíritu, hacía suspirar, atrito y nostálgico, a San Agustín: *¡Tarde te he conocido, oh eterna hermosura siempre nueva!*⁽²⁾.

Dios es el artífice, la razón primera y última de la belleza de la creación. Las cosas son hermosas porque constituyen una manifestación esplendente de la gloria divina, de la que el hombre, creado a su imagen y semejanza, es el más alto y fiel exponente⁽³⁾. El Salmo VIII sintetiza esta realidad con lírica elegancia e intensa hondura teológica:

¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre
en toda la tierra! (...)
Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él (...)?
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad;
le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies⁽⁴⁾.

1.1.- Verdad, bien y belleza: la unidad indisoluble

En la belleza se manifiesta la intrínseca unidad de la verdad y del bien, su fuerza conquistadora. En palabras de Platón, *la potencia del Bien se ha refugiado en la*

(*) Discurso pronunciado el día 4 de abril de 2002, en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, con motivo de su ingreso como Académico de Honor.

¹ 1 Jn 1, 5.

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones* XI, 4.

³ *Gen* 1, 26-27.

⁴ *Sal* 8, 2. 4-7.

naturaleza de lo Bello⁽⁵⁾. En consecuencia, nadie puede despreciar la belleza sin traicionar el espíritu, irradiación analógica de la verdad y el bien. Nuestra contemplación de la belleza será tanto más viva e intuitiva cuanto más al alcance esté del espíritu y de los sentimientos del hombre. La belleza no se revela a la fría inteligencia, sino a quien contempla con amor. Su luz alegre y eleva. Es un reflejo del espíritu, en el que el espíritu humano encuentra su reposo:

Todos los artistas tienen en común la experiencia de la distancia insondable que existe entre la obra de sus manos, por lograda que sea, y la perfección fulgurante de la belleza percibida en el fervor del momento creativo (...). El creyente no se maravilla de esto: sabe que por un momento se ha asomado al abismo de luz que tiene su fuente originaria en Dios⁽⁶⁾.

El encuentro del hombre con la belleza es, en síntesis, un encuentro con los valores auténticos que tejen y vertebran al hombre integral; aquél que consigue intuir y percibir el lenguaje de la plenitud del ser, del bien y de la verdad, no como tres lenguajes distintos sino como única lengua del corazón. *La belleza es en cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es la condición metafísica de la belleza*⁽⁷⁾.

Así pues, todas las cosas son bellas en la medida que alcanzan la plenitud de su ser. Entre los hombres, y con más razón entre los cristianos, lo bello nunca puede tacharse de superfluo⁽⁸⁾. La belleza divina es la fuente fecunda de nuestra alegría y el manantial generoso del verdadero amor⁽⁹⁾.

1.2.- Dimensión salvífica de la Belleza

El cristiano sabe que un idéntico misterio establece el vínculo indisoluble de la verdad y la belleza. Es el misterio del Verbo encarnado. *El Hijo de Dios, al hacerse hombre* -reflexiona Juan Pablo II-, *ha introducido en la historia de la humanidad toda riqueza evangélica de la verdad y del bien, y con ella ha manifestado también una nueva dimensión de la belleza*⁽¹⁰⁾. Ésta no es otra que la manifestación de la plenitud del ser que nos invita a abrirnos a él, a conocerlo y a responderle. Cuando acogemos en plenitud el lenguaje de la belleza, experimentamos, en cierto modo, que en la belleza se expresa y se revela de un modo personal aquél que es la fuente y plenitud del ser, de la verdad y el bien absolutos.

Jesucristo es *la luz del mundo*⁽¹¹⁾, *la luciente estrella de la mañana*⁽¹²⁾, que está en la gloria del Padre, donde el Hijo es glorificado y Dios es glorificado en Él⁽¹³⁾.

Cuando el hombre descubre la Belleza, le sucede como al comerciante de perlas finas de la parábola evangélica, que *al encontrar una perla de gran valor va y vende*

⁵ Filebo, 65 A.

⁶ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, 1995, n. 5.

⁷ *Ibidem*, n. 3.

⁸ Cfr. H. CHARLIER, "L'art dans la communauté chrétienne", en *Problèmes de l'art sacré*. París, 1951, 138.

⁹ "La verdad y el bien del ser son hermosos, es decir son la alegría y el goce del espíritu", precisa A. MARC (*Dialectique de l'affirmation*. París, 1952, 238).

¹⁰ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, *op. cit.*, n. 5. Santo Tomás de Aquino afirma que el Verbo encarnado es "Verbo perfecto, al que nada falta (...), la obra de arte del Dios omnipotente" (*S.Th.* I, q. 39, a. 8).

¹¹ Jn 8, 13.

¹² Apoc 22, 16.

¹³ Cfr. Jn 13, 31.

*todo lo que tiene y la compra*¹⁴). Los Padres del Concilio Vaticano II lo entendieron bien cuando, al concluir el Sínodo, dirigieron un invitatorio saludo a los artistas y una exhortadora llamada: *Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza (...). Es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une a las generaciones y las hace comunicarse en la admiración*¹⁵).

Cristo resucitado, hasta el día de su glorioso advenimiento, continuará obrando en nosotros por medio de su Espíritu de verdad y de gloria, para hacernos partícipes de su belleza, *espejo nítido de la actividad de Dios e imagen de su bondad*¹⁶); porque la belleza de Dios es la fuente de nuestra alegría, de nuestro amor y de la comunidad que a todos nos abraza¹⁷). Ella será nuestro eterno goce, ella será el resplandor del amor de Dios y de nuestro amor totalmente abismado en Dios. La vida humana está orientada hacia la gloria de Dios que resplandece en Jesucristo¹⁸): *Padre, tú me los confiaste; quiero que, donde yo estoy, estén ellos también conmigo y contemplen esa gloria mía que tú me has dado*¹⁹). En consecuencia, ¿deberemos los hombres desear la belleza? No sólo desearla, también amarla.

Al concepto de lo bello no ha de vincularse de manera inmanente el concepto de lo útil. Lo bello se cumple en una especie de autodeterminación connatural y se representa a sí mismo. Así, lo bello cumple una función ontológica: cerrar el abismo entre lo ideal y lo real; como la verdad, que no está en una lejanía alcanzable sino que nos sale al encuentro. De esta suerte, lo bello está por encima del tiempo, de épocas, de costumbres, de convenciones y se justifica por sí mismo. *La belleza es la clave del misterio y llama a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios*²⁰).

Todo lo creado es una manifestación exultante de la Belleza de Dios; sin embargo, es en la creación artística donde la realidad de lo Bello adquiere su máxima expresión, porque el arte humano es encarnación, participación y comunicación de la misma potencia creadora de Dios. El tema de la belleza incide necesariamente en el espejo del arte y nos obliga a una reflexión nomológica, trasdutora de la omnipresente esencia divina a la particular materialización humana. Lo bello no se acomoda taxonómica ni referencialmente a un fin. Es en sí mismo y no espera utilidad alguna.

2.- El arte: encarnación visible de la belleza invisible

La justificación del arte por sí mismo es el hilo conductor que recorre y da consistencia a toda la obra de Hans Georg Gadamer, *La actualidad de lo Bello*²¹). Desde esta justificación el autor se plantea la controversia actual entre el arte del pasado y el arte moderno. Controversia que vino precedida por la sentencia hegeliana de *carácter de pasado del arte*, una sentencia que al no ser bien entendida ha originado no pocos problemas. Gadamer intenta superar las interpretaciones de dicho apotegma estableciendo su justo sentido para llevarnos a comprender que el arte, en su esencialidad

¹⁴ Mt 13, 45-46.

¹⁵ Mensaje a los artistas (8 de diciembre de 1965): AAS 54 (1966) 13.

¹⁶ Sap 7, 26.

¹⁷ Cfr. SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei*, libro 22, 29-33: PL 41, 796-804.

¹⁸ Cfr. 2 Cor 4, 6.

¹⁹ Jn 17, 24.

²⁰ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 16.

²¹ H. G. GADAMER, *La actualidad de lo bello*. Paidós / I.C.E.-U.A.B., Barcelona, 1991.

última, siempre es arte, simultaneidad del pasado y del presente, en el que el tiempo queda suspendido y superado. El arte encierra en sí este carácter de *atemporalidad* que experimenta el hombre y que le sugiere lo eterno.

2.1.- El problema de la justificación del arte

La justificación del arte es un problema muy antiguo⁽²²⁾. Arranca desde el momento que se cuestiona si la transmisión de los contenidos tradicionales confiere a éstos el derecho a la verdad. Así, surge una nueva pretensión de verdad sobre la concepción del arte opuesta a la tradición. Y, sin embargo, no es menos cierto que nuestra cultura vive, en gran parte, de los frutos del Gran Arte Occidental, que desarrolló un lenguaje de formas comunes para los contenidos comunes que nos acercan a nuestra comprensión.

El Gran Arte Occidental se justificaba porque realizaba una labor de integración Comunidad-Iglesia-Sociedad. Ayudaba a cohesionar la concepción de Cristiandad, en cuanto unidad sin pluralidad. Así, el arte era unidimensional. Su única finalidad estaba en función de la cohesión del universo de valores que se vivía. Y, a su vez, esta común unidad facilitaba la autocomprensión del artista. De este modo, el arte quedaba justificado como vehículo de comprensión.

¿Cómo justificar hoy la nueva situación de arte que vivimos en cuanto ruptura con una tradición unificada? La sentencia hegeliana de *carácter de pasado del arte*⁽²³⁾ ha sido -como se ratifica- mal interpretada, trayendo visiones y consecuencias inexactas y hasta erróneas⁽²⁴⁾.

La auténtica tesis de Hegel expone que el arte ya no se entiende del modo espontáneo en que se había entendido en el mundo griego, donde lo divino justificaba por sí mismo el arte. Cuando esta concepción de la Antigüedad se extingue, el arte aparece necesitado de justificación; labor de apología que lleva a cabo el Cristianismo. Sin embargo, este carácter de integración y, por tanto, de justificación del arte hoy ha dejado de ser evidente.

En efecto, en el siglo XIX cambian los parámetros que hasta entonces regían la sociedad occidental. Estamos ante una nueva sociedad que nace de la mano de la Revolución Industrial. El sentido de unificación e integración social de otros tiempos queda pulverizado y, con él, el universo común de valores, necesario para la comprensión y autocomprensión común. En este siglo, el artista se queda sin punto de referencia con el que expresarse y expresar el arte, hallándose en la coyuntural tesitura de tener que combinar el pluralismo artístico con la pretensión desmesurada de que su creación es la única verdadera.

Hoy, esta *in-justificación* en la que el arte se encuentra se ha agravado aún más, porque ya no es entendido como *religión de la cultura* sino como provocación del artista moderno. Por eso, la nuevas creaciones provocan *extrañamiento* y conmoción en la autocomprensión del público. Esta provocación se preparó al quebrarse uno de los presupuestos fundamentales por los que las artes plásticas se comprendían a sí mis-

²² "Fue desde la nueva mentalidad filosófica y las nuevas exigencias de saber planteadas por el socratismo cuando, por primera vez en la historia de Occidente (...) se le exigió al arte una justificación" (*Ibidem*, 29).

²³ *Ibidem*, 33.

²⁴ Unos han interpretado la frase de Hegel en el sentido de que la tradición plástica cristiana-occidental ha tocado a su fin. Que con el Barroco y sus formas tardías del Rococó había entrado en la esencia de la historia humana el último estilo de Occidente. Otros, que con el "historicismo", el arte precedente aparece como algo pasado (*Ibidem*, 34-35).

mas: *La validez de la perspectiva central*⁽²⁵⁾, es decir, la clave de interpretación plasmada por el artista en la obra y que, en un universo de cánones comunes de interpretación, era fácilmente reconocible.

Al desmoronarse la perspectiva central, se rompe con la actitud de dejarse llevar, de ser meros sujetos pasivos que contemplan una obra. Ahora se pasa a la acción. Para ver hay que llevar a cabo una actividad muy especial: sintetizar personalmente las diversas facetas cuyos trazos aparecen en el lienzo⁽²⁶⁾ y luego, tal vez, ser arrebatado y elevado por la profunda armonía y corrección de la obra. La propuesta del arte moderno es una propuesta de mirada interesada, en la que el espectador crea arte en la propia obra ya creada, porque el arte nunca fue sino que es. Sin embargo, esto nos plantea una cuestión crucial, ¿es el arte moderno para unos cuantos privilegiados o, por el contrario, hay que ser educados para lograr entenderlo? Esta cuestión es la que nos conduce a la afirmación de que la comprensión del arte moderno no se entiende sin el arte del pasado, de donde saca sus propias fuerzas y su impulso⁽²⁷⁾. Ambos han de ser considerados manifestaciones solidarias del espíritu humano porque el arte prevalece sobre la realidad histórica y la explica.

No podemos olvidar que esta unidad autojustificativa del arte está en consonancia con la esencia del espíritu humano: soy en esencia yo, antes, ahora y después. De ahí que la actividad humana dimane siempre del espíritu, inmutable en su aspiración, firme en sus enseñanzas, sobrenatural en su origen. En este natural análisis surge inexorable el principio de la reflexibilidad que vincula al artista con su historia, al hombre con el proceso diacrónico de la naturaleza; en definitiva, la reflexión sobre la tradición inexcusable que se proyecta desde el pasado y potencia, imperceptiblemente a veces, las nuevas creaciones.

No podemos argüir que exista el arte de pasado frente al arte moderno. Ni puede considerarse toda expresión artística pretérita piedra angular del nuevo arte, de igual manera que no es posible creer que el arte moderno sea alambicadamente puro. En todo caso no son más que manifestaciones sincrónicas del *Gran Arte Universal*. El problema radicará básicamente en la diversa concepción que tengamos acerca de uno y de otro. Una cuestión polémica que ha de resolverse sin aristas confluyendo en ese punto de encuentro que tiene como núcleo la intemporalidad de lo bello, cualidad inherente al arte, una experiencia irrepetible que nunca disocia tiempo y materia.

2.2.- Función del arte en la actual crisis de sentido

La pérdida paulatina del cultivo de la sensibilidad es una característica extrema que identifica la actitud del ser humano en los prolegómenos del Tercer Milenio de nuestra era cristiana. Esta deshumanización se materializa en el progresivo menosprecio de ese silencio interior que exige el espíritu para dialogar con su Supremo Artífice; esa oración divina que transforma nuestro corazón de piedra en corazón de carne, como sentencia hondamente el profeta Ezequiel⁽²⁸⁾. Por eso, Eckhar, Maestro de letras y vida, afirma sin ambages que *en el silencio de su decir, Dios es auténticamente Dios*⁽²⁹⁾.

La rutina, el activismo desenfrenado que impone implacablemente la vida diaria, los

²⁵ *Ibidem*, 37.

²⁶ *Ibidem*, 39.

²⁷ *Ibidem*, 41.

²⁸ *Cfr.* Ezq 36, 26.

²⁹ *Apud* M. HEIDEGGER, *Der Feldweg*. Francfort, (6) 1978, 137.

ruidos y las prisas eliminan toda huella de silencio y reflexión, de diálogo íntimo. Todo llega hasta nosotros como *un chaparrón que empapa la imaginación y atiborra la memoria hasta convertirnos en un disco de ordenador saturado*, concluye críticamente Jorge de la Cueva⁽³⁰⁾.

Embargado más por el tener que por el ser, el hombre está alumbrando la unidimensionalidad del sentido de la vida⁽³¹⁾. Se trata de un imperialismo cultural hegemónico que pretende ser universal y que es fruto de la cultura urbano-industrial, inspirada en la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y fuertemente determinada por las ideologías⁽³²⁾. Un imperialismo que paulatinamente nos obliga a renunciar a instalarnos existencial y ontológicamente en las regiones del espíritu, horizonte último de trascendencia, y a permanecer trágicamente encadenados a la inmanencia:

La indiferencia por el ser lleva a la indiferencia por Dios. Perdida de vista la riqueza ontológica del ser se pierde la noción de una fundamentación (...). Nuestra época es una época fáustica. (...) Se valora más la acción que la contemplación⁽³³⁾.

Aparece así, en el diagnóstico certero de Gabriel Marcel, *el hombre problemático*⁽³⁴⁾, que ha convertido la técnica en único estandarte de madurez y progreso antropológicos, amordazando con tenaz férula la voz del espíritu que clama y grita incesantemente en su interior.

Considerar al hombre como problema para sí mismo -reflexiona atinadamente Carlos Amigo- no es nada nuevo. Sin embargo, en nuestra época se da la curiosa paradoja de un gran interés por las cuestiones humanas y unas acciones que conducen a la destrucción de ese hombre al que se dice se quiere salvar. ¿Será que el hombre no sabe quién es él mismo? Una grave crisis de personalización, de identidad, impiden al hombre el hacerse su propio retrato⁽³⁵⁾.

Por tanto, uno de los proyectos más urgentes que tiene que acometer el ser humano es el de habérselas consigo mismo para, al mismo tiempo, habérselas con sus circunstancias, con las cosas, con su mundo, como en su día apuntaron, y apostillaron bien, Ortega y Zubiri.

En este contexto de radical *crisis de entusiasmo*, como la denomina Carlos Amigo⁽³⁶⁾, el hombre sabe que si ha de surgir algo grande y nuevo en su vida sólo puede emerger del manantial inagotable del espíritu; que la perfección humana pasa necesaria-

³⁰ Apud A. LLAMAS PALACIOS, "La verdadera libertad", en *Alfa y Omega. Semanario de información religiosa*. 22-XI-2001, 3.

³¹ Herbert Marcuse somete a una crítica feroz lo que él denomina la "concepción unidimensional del hombre". Una concepción que corresponde a una sociedad también unidimensional. "Esta sociedad es falaz, porque presenta el rostro de la abundancia, la libertad y tolerancia, ocultando su verdadera realidad, que es el dominio social y el conformismo" (J. FERRATER MORA, *Diccionario de filosofía*. Voz "Marcuse". Barcelona, Ariel, 1994, III, 2283).

³² Cfr. IIIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*. Bogotá, Departamento de Pastoral Social, 1986, n. 421.

³³ C. A. MARCELADA, "El indiferentismo religioso: Un desafío evangélico del Tercer Milenio", en *Actas del IV Congreso Internacional de la SITA*, t. III. Córdoba, CajaSur, 1999, 1555-1556.

³⁴ Vid. F. BLAZQUEZ CARMONA, *Gabriel Marcel*. Madrid, Epesa, 1970, 127-132.

³⁵ C. AMIGO, *Humanismo y esperanza*. Madrid, BAC, 1999, 17. En este mismo sentido comenta M. HEIDEGGER: "Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos sobre el hombre como la nuestra (...). Sin embargo, ninguna época ha conocido al hombre tan poco como la nuestra (...). Solamente le llega el ruido de sus máquinas al que tiene como la voz de Dios. Así, pues, el hombre se confunde y desvía" (*Der Feldweg...*, op. cit., 137).

³⁶ C. AMIGO, *Humanismo...*, op. cit., 21.

mente por la perfección del espíritu, porque en él residen todos los valores y todas las razones de la vida, todos los motivos de nuestros actos. *El espíritu pasa casi inadvertido* -denota con precisión e inteligencia Alexis Carrel-, y, *sin embargo, es la más colosal potencia de este mundo*⁽³⁷⁾.

El arte, expresión fulgurante del espíritu, conforma y orienta al hombre en la búsqueda innata del sentido del mundo y de la existencia. El arte es expresión de la luz, la traslación del color. Es el *sentimiento de las cosas humanas unido al presentimiento de las cosas divinas*, en el decir de D'Yzarn-Freissinet⁽³⁸⁾. No entiende de límites. Su única meta es forjar voluntades, construirlas y formarlas. Stefan Zweig precisa:

Lo mejor de nuestro corazón y de nuestro espíritu es precisamente esa capacidad de conmoverse, de sentirse profundamente estremecido ante el misterio. Quien de verdad se interesa por el arte debe acercarse a las grandes obras maestras contemplándolas desde una doble perspectiva: como misterios que están por encima de su vida perecedera y como cosas que precisan ser comprendidas⁽³⁹⁾.

En todas sus manifestaciones plásticas, el arte expresa la naturaleza propia del hombre, ensancha y potencia la sensibilidad interior hasta encumbrarla a la más alta cima espiritual⁽⁴⁰⁾, santuario permanente del ser, donde los hombres realizan el milagro de modelar y transformar enérgicamente la materia telúrica en materia ígnea, viva, didáctica, educándonos para operar la civilización por encima de la barbarie, la verdad y el bien por encima de los bajos instintos que nos sojuzgan y atenazan.

El arte, entendido como experiencia original de lo sublime y de lo bello, *limpia la verdad de formas ilusorias y engañosas de este mundo imperfecto, para revestirlas de otras más puras (...). Las formas del arte encierran más realidad y verdad que las existencias fenoménicas del mundo real*, en la sutil y dialéctica opinión de Hegel⁽⁴¹⁾.

Ésta es la razón que induce a Theodor Adorno a postular la delimitación entre ciencia y arte, realidades separadas entre sí por sus características y por sus propios fines: la utilidad en el caso de la primera y la belleza en sí misma en la segunda, la realidad física frente a la metafísica:

Las obras de arte nos dicen que existe algo-en-sí, pero no hacen predicciones sobre ello. El proceso de espiritualización que afectó al arte (...) y lo llevó a su mayoría de edad no lo convirtió, como desearía la conciencia codificada, en extraño a la naturaleza, sino que lo hizo acercarse por propia configuración a la belleza natural. Una teoría del arte que convierte su tendencia a la subjetividad en simple identidad con el desarrollo de la ciencia, de acuerdo con la razón subjetiva, sacrificaría el contenido del movimiento artístico a la plausibilidad. El arte querría, usando medios humanos, dar realidad al lenguaje de lo no humano. La pura expresión de las obras de arte convergen con la naturaleza cuando está libre de las perturbaciones cosistas⁽⁴²⁾.

Por eso, con el genial verbo y la inveterada sabiduría que lo caracteriza, el eximio Ortega y Gasset concluye acerca de la dimensión liberadora y salvífica del arte:

Es, pues, el arte una actividad de liberación. ¿De qué nos liberta? De la vulgaridad (...). Vulgaridad es la realidad de todos los días; lo que traen en sus cangilones unos tras otros los minutos; el cúmulo de los hechos, significativos e insignificantes, que son urdimbre de nues-

³⁷ Apud J. SINTES PROS (Recopilador), *Diccionario de axiomas, juicios y reflexiones*. Voz "Espíritu". Barcelona, Sintés, 1991, 330.

³⁸ *Ibidem*, voz "Arte", 87.

³⁹ *Ibidem*, 89.

⁴⁰ Cfr. CONCLIO VATICANO II, Constitución *Gaudium et spes*. Madrid, BAC, (27) 1975, n. 62.

⁴¹ Apud J. SINTES PROS (Recopilador), *Diccionario...*, op. cit., voz "Arte", 89.

⁴² Apud M. MUDARRA BARRERO, *Concepto de belleza en el pensamiento estético de Rafael Romero Barros*. Córdoba, Diputación de Córdoba (Edición facsímil), 1997, 41.

tras vidas, y que sueltos, desperdigados, sin más enlace que el de la sucesión, no tienen sentido. Mas sosteniendo, como a la pompa el tronco, esas realidades de todos los días, existen las realidades perennes, es decir, las ansias, los problemas, las pasiones cardinales del vivir del universo. A éstas son a las que llega el arte, en las que se hunde, casi se ahoga el artista verdadero, y empleándolas como centros energéticos logra condensar la vulgaridad y dar un sentido a la vida⁽⁴³⁾.

3.- El arte religioso

El arte, expresión palpable y viva del espíritu, encarnación tangible de lo divino, dedo de Dios que talla y pule el corazón del hombre, tanto en su manifestación como en su forma surge del alma humana, convertido en diálogo armonioso, oración y rezo con Dios. Porque el Padre no nos creó para que nos contentásemos contemplando sus magníficas obras. Nos imaginó conforme a su imagen y semejanza; nos concibió creadores y artistas:

Dios ha llamado al hombre a la existencia, transmitiéndole la tarea de ser artista. En la 'creación artística' el hombre se revela más que nunca 'imagen de Dios' (...). El Artista divino, con admirable condescendencia, transmite al artista humano un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora⁽⁴⁴⁾.

Los hombres de la "ciudad secular", en el decir de Harvey Cox⁽⁴⁵⁾, tan necesitados del amor y de la misericordia de Dios, necesitamos, como Tomás, ver para creer⁽⁴⁶⁾. Inquietos de tanta nostalgia del cielo, necesitamos 'tallar' y 'esculpir' a Dios, 'tocar' a Dios. Así, la oración adquiere forma y textura; y lo invisible se convierte en visible, lo absoluto en contingente, lo divino en casi humano:

Una de las características esenciales del arte -manifiesta acertadamente Pío XII- consiste en cierta 'afinidad' intrínseca del arte con la religión, que en cierto modo hace a los artistas intérpretes de las infinitas perfecciones de Dios (...). La función del arte reside ciertamente en romper el cerco estrecho y tortuoso de lo finito que aprisiona al hombre aquí en la tierra, para abrir una ventana al infinito que anhela el alma⁽⁴⁷⁾.

De esta suerte, la intimidad de la oración se hace confesión pública y la fe adquiere plasticidad y colorido, música y canto, porque la fe no puede soportar las cadenas del silencio sino que tiene que ser gritada, proclamada, pregonada a los cuatro vientos:

Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por ello, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa. Éste es el motivo por el que la plenitud evangélica de la verdad suscitó desde el principio el interés de los artistas, particularmente sensibles a todas las manifestaciones de la íntima belleza de la realidad⁽⁴⁸⁾.

3.1.- Historia y tradición

En sus orígenes, el Cristianismo mostró su indiferencia y desprecio por todo tipo de arte, especialmente por las imágenes. Este rechazo es la consecuencia lógica de las reminiscencias de la cultura y del pensamiento judío, en cuyo seno el mensaje cristiano

⁴³ J. ORTEGA Y GASSET, "Artículos (1902-1903)", en *Obras completas*. Madrid, Revista de Occidente, (7) 1966, I, 51.

⁴⁴ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 1.

⁴⁵ Cfr. H. COX, *La ciudad secular*. Barcelona, Herder, 1968.

⁴⁶ Cfr. Jn 20, 24-29.

⁴⁷ PÍO XII, *Discurso*. 8-4-1952.

⁴⁸ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 6.

se gestó y vio la luz. Además, el estilo de vida de las primeras comunidades cristianas supuso una radical novedad en relación con las demás religiones. El Cristianismo se fundamenta sobre la existencia de un Dios Padre y la relación interpersonal del hombre con Él, superando así el concepto pagano de religión basado en el culto a los ídolos mediante rituales vacíos y formas externas⁽⁴⁹⁾.

En un segundo momento, el Cristianismo, inserto en el corazón del mundo clásico, asume los valores y los cánones estéticos de éste, aunque cribados convenientemente en el arel de los principios evangélicos. De este modo:

El arte de inspiración cristiana comenzó de forma silenciosa, estrechamente vinculado a la necesidad de los creyentes de buscar signos con los que expresar, basándose en la Escritura, los misterios de la fe y de disponer al mismo tiempo de un 'código simbólico', gracias al cual poder reconocerse e identificarse, especialmente en los tiempos difíciles de persecución⁽⁵⁰⁾.

El mundo de las artes plásticas irrumpe en el Cristianismo tímidamente. Se decoran las paredes de algunas casas dedicadas a la adoración y los lugares de enterramiento se estucan con iconografías simbólicas; se adoptan determinados espacios arquitectónicos como centros de culto bautismal, eucarístico y martirial; se incorpora gradualmente una variada tipología, emblemática o pictórica, como medio de instrucción para el pueblo. El arte cristiano incipiente determina su historia posterior. Su peculiaridad va más allá de las formas, porque *por primera vez en la historia del mundo occidental, el arte expresa con la imagen una fe abstracta, la idea de la salvación del alma, el ferviente deseo del hombre de liberarse de sus vínculos terrenales y alcanzar la vida eterna*⁽⁵¹⁾.

En el siglo IV un hecho histórico de primordial importancia hizo cambiar rápidamente el carácter del arte cristiano. La conversión de Constantino, en el 312, y la publicación del Edicto de Milán, un año después, invierten la realidad sociopolítica del Cristianismo pasando de ser una religión perseguida a una religión lícita, y más tarde a convertirse en religión del Estado. Es una revolución en el *status* legal de los cristianos. El culto se celebra a la luz del día, se levantan basílicas e iglesias, como las de San Pedro y San Juan de Letrán, construidas por cuenta del mismo Constantino, y el arte se convierte en un cauce privilegiado de manifestación de la fe. Del sentimiento de rechazo de los comienzos se pasó a la plena aceptación e identificación del Cristianismo con las artes en sus distintos géneros⁽⁵²⁾.

La Edad Media, tanto en Oriente como en Occidente, simboliza la eclosión exuberante del arte en todos los campos. Los cristianos se sirven de las artes plásticas para el culto y la formación, y junto a ellas se fueron introduciendo las artes escénicas, la música y las demás manifestaciones artísticas como ayuda para la celebración y expresión de la fe. La funcionalidad se conjuga con la fantasía, originando estilos ricos y diversos inspirados por el sentido de la belleza y la intuición del misterio. La fuerza y el silencio del románico⁽⁵³⁾ da paso a la esbeltez y el esplendor del gótico⁽⁵⁴⁾.

⁴⁹ Cfr. H. STERN, "El arte cristiano. Desde las catacumbas a Bizancio", en R. HUYGHE (director), *El arte y el hombre*, Barcelona, Planeta, 1966, II, 11.

⁵⁰ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, *op. cit.*, n. 7.

⁵¹ H. STERN, *El arte cristiano. Desde las catacumbas a Bizancio...*, *op. cit.*, 11.

⁵² Para una visión completa de esta época histórica vid. C. CASTELLA, *Historia de los Papas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1970, I, 28-32; H. STERN, *El arte cristiano. Desde las catacumbas a Bizancio...*, *op. cit.*, 13-17.

⁵³ Vid. J. HUBERT, "Arte románico", en R. HUYGHE (director), *El arte y el hombre...*, *op. cit.*, 193-228,

⁵⁴ Vid. M. AUBERT, "Origen y formación del arte gótico", en R. HUYGHE (director), *El arte y el hombre...*, *op. cit.*, 239-253; L. GRODECKI, "Florecimiento y expansión del arte gótico", en R. HUYGHE (director), *El arte y el hombre...*, *op. cit.*, 255-267.

Con el siglo XV termina la Edad Media y se inauguran los tiempos modernos. El floreciente ambiente cultural del Renacimiento tiene repercusiones notables en el arte religioso, donde destacan artistas de la talla de Miguel Ángel, Rafael o Bramante. Trento, en pleno siglo XVI, sanciona el culto a las imágenes, potenciando el sentimiento y el fervor religioso que pueden suscitar las iconografías antes que su belleza artística. La forma da paso a la expresión, dotando de un valor emocional a las imágenes porque así lo demanda la Iglesia⁽⁵⁵⁾.

En nuestros tiempos, caracterizados por la secularización de la vida, el arte religioso no sólo no ha decaído sino que ha continuado su marcha ascendente, aunque el ambiente lleve a veces a una cierta separación entre el mundo del arte y el de la fe. Con todo, la Iglesia sigue alimentando un gran aprecio por el valor del arte como medio excelente de evangelización.

3.2.- Dimensión pastoral del arte religioso

Dios es el principio fontal de donde emanan y en el que se sustentan todas las obras de arte creadas por el hombre. El arte, y muy especialmente el arte religioso, es un fiel reflejo y prolongación de la belleza inconmensurable de Dios. Por eso, el arte sacro tiene como único y primordial fin santificar la vida y orientar a los hombres hacia Dios, según declara el Concilio Vaticano II:

Entre las actividades más nobles del ingenio humano se cuentan, con razón, las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro. Éstos, por su naturaleza, están relacionados con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas. Y tanto más pueden dedicarse a Dios y contribuir a su alabanza y a su gloria cuanto más lejos están de todo propósito que no sea colaborar lo más posible con sus obras para orientar santamente los hombres hacia Dios⁽⁵⁶⁾.

Ésta es la razón fundamental que explica la interconexión íntima e histórica de la Iglesia con la Bellas Artes, medio excelente de evangelización y actuación pastoral. *Lo 'bello' se conjugaba así con lo 'verdadero', para que también a través de las vías del arte los ánimos fueran llevados de lo sensible a lo eterno*⁽⁵⁷⁾. En este sentido, la Iglesia tiene necesidad del arte para transmitir el mensaje de Cristo⁽⁵⁸⁾. El arte, cuando es auténtico:

Tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa. En cuanto búsqueda de la belleza (...), es por su naturaleza una especie de llamada al Misterio. Incluso cuando escudriña las profundidades más oscuras del alma o los aspectos más desconcertantes del mal, el artista se hace de algún modo voz de la expectativa universal de redención⁽⁵⁹⁾.

La liturgia cristiana es una de las mayores propulsoras de la creación artística, porque con la ayuda del arte impulsa más eficazmente a sentir y experimentar la belleza de Dios y contribuye eficazmente a multiplicar la alabanza divina.

El arte sagrado constituye, pues, una parte importante y digna de la predicación del mensaje de salvación y de la liturgia. Realiza los mismos requisitos que el *kerigma* y la liturgia, pero en el plano de la belleza es deber y obligación del arte sagrado, en virtud

⁵⁵ Cfr. A. AROCA, *El Crucificado en la imaginería andaluza*. Córdoba, CajaSur, 1987, 84.

⁵⁶ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 122.

⁵⁷ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 7.

⁵⁸ *Ibidem*, n. 12.

⁵⁹ *Ibidem*, n. 10.

de su mismo nombre, *contribuir en la mejor manera posible al decoro de la casa de Dios y promover la fe y la piedad de los que se reúnen en el templo*⁽⁶⁰⁾.

La dimensión catequética del arte conlleva la puesta en práctica de dos principios interdependientes que tienen su fundamento en la vida de la fe. Uno, que las obras de arte religioso transmitan la fe por sus cuatro costados, de tal modo que se han de excluir de los templos y demás lugares las obras *que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana, y ofendan el sentido auténticamente religioso*⁽⁶¹⁾. Dos, que los artistas que crean estas obras sean hombres de fe. *Encárguese las obras de pintura, escultura y arquitectura -comenta la Instrucción del Santo Oficio- sólo a aquellos artistas que aventajen a los demás en pericia y que sean capaces de expresar la fe y piedad sinceras, fin de todo arte sagrado*⁽⁶²⁾. Estas dos razones son suficientes para excluir toda una toda visión reduccionista en el arte religioso:

El arte cristiano no se explica simplemente por un mero dinamismo artístico cultural, por una mera, aunque legítima, satisfacción estética, sino como magnífico instrumento de pedagogía religiosa para que, expresando toda esa riqueza inagotable de los dogmas (...), el pueblo cristiano (...) se mueva más fácilmente (...) a las santas exigencias de su fe y piedad⁽⁶³⁾.

Juan Pablo II hace una llamada especial a los artistas cristianos para recordarles *la alianza establecida desde siempre entre el Evangelio y el arte*, lo cual implica *adentrarse con intuición creativa en el misterio de Dios encarnado y, al mismo tiempo, en el misterio del hombre*⁽⁶⁴⁾.

No es cristiano el arte porque el artista se proponga conscientemente cristianizar o educar evangélicamente. El arte es cristiano porque lo crea y modela un artista libre de finalidades de corto alcance que ama con pasión la trascendencia de la belleza. *Si hicieréis de vuestra estética un artículo de fe -manifiesta sutilmente el eximio pensador Jacques Maritain-, echaríais a perder vuestra fe. Si hicieréis de vuestra devoción una regla de operación artística, o si convirtieréis el cuidado de edificar en un procedimiento de vuestro arte, echaríais a perder vuestro arte*⁽⁶⁵⁾.

El arte sagrado es la corona de todas las bellas artes; con él, los artistas llegan a la perfección que necesitan para convertirse en oración y en glorificación de Dios. Él les hace constantemente presente que la divina belleza destella mucho más que en las obras artísticas humanas en el hombre, imagen del Creador, cuando, en su empeño por transformarse en Él, se torna también constantemente hacia Él, belleza suma. *Ni la pintura, ni la escultura -decía el genial Miguel Ángel- encantarán más al alma orientada hacia este amor divino que abrió sus brazos en la cruz para recibirnos*⁽⁶⁶⁾.

La obra de arte es concebida en lo más profundo del ser humano, es manifestación exterior del mundo interior que late en la persona que la crea y en la cultura en que nace. Se puede decir que toda verdadera creación artística es religiosa en cuanto que tiene su origen y expresa lo más específico que cada persona posee de la divinidad, el *aliento de vida* que Dios infundió al hombre en el momento de su creación⁽⁶⁷⁾, su mismo espíritu:

⁶⁰ Instrucción del Santo Oficio sobre el arte sagrado del 20-6-1952, en *Anuario Petrus*, (1952), 201.

⁶¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 124.

⁶² *Instrucción del Santo Oficio sobre el arte sagrado...*, op. cit., 203.

⁶³ M. MORA MAZORRIAGA, "La Virgen en las Bellas Artes", en *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 100 (1979), 133.

⁶⁴ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 14.

⁶⁵ J. MARITAIN, *Arte y escolástica*. Buenos Aires, 1945, 90.

⁶⁶ *Ibidem*, 108.

⁶⁷ Gen 2, 7.

El arte religioso cristiano, tomado en su conjunto, es verdadera teología cristiana estética; verdadera proyección artística de todos los dogmas cristianos, de todas las creencias piadosas de nuestro pueblo. Y esto que es válido para la Iglesia Universal, para la historia religiosa cristiana de nuestra España es algo totalmente definitivo, como hecho histórico incuestionable⁽⁶⁸⁾.

4.- Conclusión

Nuestra época vive estancada en la soledad espiritual, calificada por el filósofo alemán Martin Heidegger como 'olvido radical del ser'⁽⁶⁹⁾. Ha olvidado que si ha de surgir algo nuevo y grande en la vida del hombre, surgirá del espíritu; que si queremos perfeccionar al hombre, es menester hacer perfecto el espíritu, porque en él residen todos los valores y todas las razones de la vida, todos los motivos de nuestros actos. Por esta razón, es vitalmente necesario cultivar y educar el espíritu imprimiéndole la altura y la anchura consustanciales a su propia aura.

El hombre, por vocación y destino, desea y anhela la conquista y posesión de la Belleza, la Verdad y el Bien. Dios ha dotado al espíritu humano con la facultad estética -concretada en los artistas en el *don del talento artístico*⁽⁷⁰⁾-, que lo impele a buscar incesantemente la belleza, en la que intuye el esplendor inconmensurable e inmarcesible de la Belleza divina⁽⁷¹⁾. Todas las nobles y bellas artes están relacionado por su naturaleza *con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas*⁽⁷²⁾.

El arte ensancha el espíritu y potencia la sensibilidad interior hasta encumbrarlos a la región de la divinidad, donde brilla con luz propia el fuego que todos los hombres llevamos en nuestra alma. En el arte hay un poder sobrehumano y transhumano, un hechizo que adquiere formas de catarsis y de endiosamiento. Especial consideración merece el arte sagrado, medio excelente para la investigación y creación estético-cultural, expresión sublime del movimiento interior del espíritu humano, indócil, inquieto, exigente, que busca sin cesar, más allá del tiempo y del espacio, la plenitud ontológica y sobrenatural de la verdad, del bien y de la belleza.

El hombre no vive sólo del pan material⁽⁷³⁾. Necesita también el pan del espíritu, máxime en estos momentos de crisis que asola el sentido de la existencia humana. Tenemos necesidad del alimento que nos proporciona la contemplación de la Verdad, del Bien y de la Belleza para afrontar y superar los desafíos cruciales que se avistan en el horizonte. Tenemos necesidad de su valor redentor porque, en el decir de Norwid, *sólo la belleza salvará al mundo*⁽⁷⁴⁾.

⁶⁸ M. MORA MAZORRIAGA, *La Virgen en las Bellas Artes...*, op. cit., 130-131.

⁶⁹ Vid. M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*. México, FCE, 1985.

⁷⁰ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 3.

⁷¹ *Ibidem*, n. 6.

⁷² CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 122.

⁷³ Cfr. Mt 4, 4.

⁷⁴ Apud JUAN PABLO II, *Carta a los artistas...*, op. cit., n. 16.